

MENSAJE A LOS MAESTROS

(Con Motivo del día del Maestro)

El maestro es digno de la atención de los estadistas, del cariño de sus alumnos y del respecto de todos; porque su misión es tan noble, tan indispensable para la sociedad y al propio tiempo tan injustamente apreciada y recompensada, en general, que los intelectuales que han vivido entre ellos y conocen el viacrucis de su existencia, son los llamados a interpretarlos con justeza y a darles el lugar que merecen en la sociedad.

La vida del maestro es digna de la más pura consideración, porque su existencia es un constante sacrificio en bien de la niñez y de la juventud; un sacrificio, eso sí, que al cumplirse, puede significar la mayor felicidad para el propio educador, si éste tiene la vocación de serlo.

El maestro que ama su profesión, que cree en ella, que la ejerce con ánimo de ser útil, poniendo en ella el corazón, la mente y la voluntad, será un ser venturoso. Enseñar al que no sabe es un placer, pero siempre que se enseñe con el espíritu misericorde que inspiró a Jesucristo su mandamiento sublime y desinteresado de hombre y de Dios.

El maestro ha de tener la vocación de serlo, de otro modo le faltarían la paciencia, la perseverancia y la pasión que deben normar los actos magisteriales. Un profesor sin paciencia para soportar y corregir la indisciplina, la falta de atención y dedicación de sus alumnos, fracasará. Un profesor que no sea tesonero en su actitud serena, enérgica y al propio tiempo bondadosa para impartir sus enseñanzas, no podrá tener éxito. Y un profesor que no tenga

apego a su obra cotidiana de forjador de almas y preparador de hombres, tampoco será un maestro ejemplar.

Pero no bastan las señaladas cualidades sicológicas para que el maestro pueda cumplir su elevada misión; precisa además y fundamentalmente que llene las cualidades técnicas que exige la educación moderna.

Para juzgar de ellas conviene examinar cuál es el alcance de la obra magisterial.

* * *

La misión del maestro es educar a la niñez y a la juventud; es crear en el hombre su segunda conciencia preparándola no sólo para conquistar la propia felicidad, sino para dar a cada quien lo suyo y cooperar en la dicha de quienes lo rodean.

Ahora bien, el secreto de la felicidad del hombre está en su cultura, en el refinamiento de su espíritu, en su manera de entender a los demás hombres y entenderse a sí mismo.

Quien no es culto no sabrá comprender a los ignorantes, a los malvados, a los pobres de espíritu, a los vanidosos; ni tampoco a los fuertes, a los sabios y a los buenos. La cultura hace al hombre comprensivo, magnánimo y perdonador. Quien no es culto no sabrá hacer el bien por el bien mismo, que es la suprema de las venturas.

La educación que nos da el maestro es indispensable para descubrir nuestro propio yo; con ella y con nuestra auto-educación completaremos nuestra personalidad. Auto-educarse, quiere decir, examinarse, criticarse a sí mismo, dirigirse a sí propio, ejercitando la voluntad en un fin determinado, el que hayamos elegido de acuerdo con nuestras facultades y nuestras inclinaciones.

La misión del maestro es ayudar al alumno a descubrirse a sí mismo; de inducirlo a que piense por sí y no a que piensen por él. El estudiante que espera a que sus compañeros, sus padres o sus maestros piensen por él, ese estudiante no se ha descubierto él mismo, no sabe ni lo que quiere, ni lo que vale, ni lo que puede ser.

Para ser un buen maestro no basta el conocimiento profesional, es preciso también saber enseñar, y para saber enseñar no es suficiente la intuición pedagógica que algunos, no muchos, poseen

naturalmente; es necesario una técnica determinada, técnica basada en la ciencia moderna de la educación.

El maestro de hoy debe preparar al hombre de mañana para la vida social. ¿Cómo? "Favoreciendo en el estudio, en la vida en común y en los juegos, todas las formas de colaboración, de producción voluntaria y de responsabilidad personal".

El maestro deberá también desempeñar un papel considerable en otros aspectos de la educación: el que consiste en inculcar a sus alumnos un interés efectivo para las cuestiones económicas y por el arte. Todo lo que sea inducir a las juventudes a colaborar con sus compañeros, con su familia y con la sociedad en la emancipación económica de su país será útil, y le será útil aún sin que se de cuenta cabal del alcance de sus buenos deseos. En este sentido el maestro deberá enseñar a sus muchachos a aprovechar los recursos naturales de su región, de su fauna y su flora, en la forma más práctica. Asimismo, deberá propugnar el fomento de las pequeñas industrias, impulsando los trabajos manuales que correspondan a la producción local.

En el aspecto artístico de la educación, el maestro habrá de tener un papel trascendental: el de despertar en el niño y en el adolescente el culto por la belleza. Nuestro pueblo tiene un sentido innato y considerable por la música, la danza, los tejidos, la cerámica, las tallas en madera, el canto. Aprovechar esas cualidades naturales de nuestros indios mestizos es imperativo patriótico. El arte es el aliado más eficaz de los maestros para hacer de la vida del niño una eclosión constante, una perpetua creación de emociones artísticas que le hagan dichoso, llevándolo poco a poco a la convicción de que la vida es bella y buena y vale la pena vivirla.

Alentar los bailes, los cantos, la música, las recitaciones, el teatro, además de los juegos edificantes y de los deportes, son metas que el maestro debe procurar para sus alumnos.

Otra obligación trascendental del maestro es la de orientar a la niñez en la profesión o trabajo que le convenga, para lo cual es preciso observar las cualidades físicas, intelectuales y morales del educando, para conocer cuáles son sus aptitudes, sus inclinaciones y así poder llevarlo de la mano —siempre con la indispensable cooperación de los padres— a la profesión o al trabajo que le convenga, de tal modo que, ya hombre, quede colocado en el lugar en el que pueda ser apto, útil y dichoso.

Para realizar esos fines, el maestro tratará de conocer la constitución física del niño, su estado de salud, sus características afectivas y morales, sus cualidades y defectos, para después, de acuerdo con sus observaciones, aplicar la técnica adecuada en su educación.

Para lograr este objetivo es preciso que el profesor vaya al discípulo directamente, inspirándole confianza hasta obtener que se le entregue en toda su inocencia y con toda libertad.

Otro de sus deberes sagrados es el de hacer feliz a su alumno, porque nada es más injusto y doloroso que hacer sufrir a los niños y a los jóvenes.

Si la vida nos reserva tantas malas sorpresas, tantas dificultades y tantas amarguras ¿por qué no ahorrar a quienes comienzan a vivirla, y sin la responsabilidad plena de sus actos, las penas anticipadas que tanto dañan a veces irreparablemente, el alma de los niños y de los adolescentes?

La autoridad magisterial para ser más bienhechora, no habrá de ejercitarse con imperio y altivez, sino con discreta humildad y afectuosa dulzura.

Hemos dicho ya que no basta al maestro tener la vocación de serlo, no; es preciso que renueve su espíritu en una enseñanza real y objetiva, para lo cual necesita normas y métodos de trabajo que no le darán ni la vocación ni la experiencia, sino su dedicación al estudio de sus materias respectivas.

Además, en cuanto a la escuela, el maestro debe considerarla como un templo y un laboratorio; un templo en el que su personalidad de sacerdote laico, por su sabiduría y su recta conducta pública y privada, se haga respetar de sus hijos espirituales por el paternal tacto de sus procedimientos; y un laboratorio también donde su espíritu estudioso se encuentre en constante investigación y transformación.

A los maestros toca igualmente encontrar el camino y el rumbo de los escolares, no aplicando en sus métodos de enseñanza sistemas copiados de otras partes, sino aquellos que se adaptan al medio en que van a actuar. En otras palabras, marcando a sus normas educativas las condiciones étnicas y el medio ambiente general en que trabajarán, imprimiendo así a su escuela el sello característico que sea adecuado.

El maestro, por otra parte, deberá tener siempre una inquietud perpetua de mejoramiento, una aspiración reiterada de superarse a sí mismo para ser sembrador de ideas y buenas acciones, que incruste a sus alumnos una gran pasión: la de la Patria.

(Periódicos de la provincia, martes 24 de mayo de 1955)